

Lo cuarto, que la inocencia no es titulo racional, para que titubemos noftros, en la feliciffima caufa de fu muerte; pues más inocentes eran los Niños que Herodes martyrizó, y ninguno les quita de las manos las palmas, ni la gloria de aver muerto por Chrifto.



ESTRELLA I.

Aparición de la Sma. Virgen.

En la historia Tlaxcalteca por D. Diego Muñoz Camargo, publicada por el Sr. D. Alfredo Chavero, en el capítulo XIX página 154, hablando de la Venus Tlaxcalteca ó sea la Diosa Xochiquetzal, dice:

“Tenían estas naciones á una diosa que llamaban la diosa de los enamorados, como antiguamente tenían los gentiles la diosa Venus. Llamábanla Xochiquetzal, la cual decían que habitaba sobre los aires y sobre los nueve cielos, y que vivía en los lugares muy deleitables y de muchos pasatiempos, acompañada y guardada de muchas gentes, siendo servida de otras mujeres como diosas, en grandes deleites y regalos de fuentes, ríos, florestas de grandes recreaciones, sin que le faltase cosa alguna y pintábanla tan linda y tan hermosa, que en lo humano no se podía más encarecer. Llamaban el cielo donde esta diosa estaba *Tamohuanchan Xochitlihuacan* *Chitamohuan y (en asiento del árbol florido)* Chicuhnauhuepanihcan Itzehcayan, que

quiere decir. El lugar de Tamohuan, dicen que el que alcanzaba desta flor ó de ella era tocado, que era dichoso y fiel enamorado, donde los aires son muy fríos, delicados y helados, sobre los nueve cielos. A esta diosa *Xochiquetzatl* celebraban fiesta cada año con mucha solemnidad, y á ella concurrían muchas gentes donde tenían su templo dedicado.”

He aquí cómo en el fondo de la teogonía tlaxcalteca se veía relucir un lampo de luz, una estela semejante á la de un astro matinal velado por densos nubarrones; se dibujaba aunque en bosquejo el hermoso ideal que el alma humana traía consigo, y era el deseo, la esperanza de una Virgen purísima, imán y consuelo de los mortales, cual ha sido María Inmaculada para el mundo en general y de un modo especial para nuestro México y para el mismo Tlaxcala.

En efecto, el Abate Orsini dice: “regístrense los anales religiosos de todos los pueblos y se hallará en el fondo de casi todas las teogonías, á la Virgen prometida y su Divino alumbramiento.”

Así es que en el fondo de la creencia, en aquella diosa del bien querer, aparece como un pálido destello de la no lejana aurora, era que más tarde en los áridos desiertos de aquella tierra inculta, se encontraría el oasis de Ocotlán, que sobre las ruinas del politeísmo crecería el rosal divino de las gracias de la Virgen celestial, Madre verdadera del bien querer, entre las espinas y los abrojos, se levantaría el lirio de los valles y sobre los teocalis de un culto sanguinario se levantaría un santuario ó sea la Basílica de Ocotlán, donde todos los días se ofrecería el incruento sacrificio de amor, no ya á la diosa grotesca *Xochiquetzali*, sino á la Dei-Para

Virgen María, cuya imagen tuvo su asiento en un oco-te, árbol frondoso que ardía sin consumirse, fiel retrato de la Virgen María, tan linda y tan hermosa que después de Dios no tiene igual. Sí, llegó por fin el momento en que la nueva aurora viniese despejando el cielo purísimo de Tlaxcala, derribando los altares y á sus falsos dioses, haciendo que fueran convertidos en cristianos los hijos de barbárica nación.

En efecto, en tiempo del primer Virrey de México, el Sr. D. Antonio Mendoza, excelente gobernante y de ejemplar conducta, á tiempo que también ceñía la mitra el primer obispo de Tlaxcala Fray Julián Garcés, á colegir por la historia y la tradición, fué por los años de 1541, próxima ya la Primavera, en una tarde hermosísima y serena, cuando el sol se reclinaba en las montañas del Poniente, velado por nubes de escarlata y otros mil colores, parecía despedirse de la naturaleza que se adormecía entre las sombras de la noche; la melancolía de los últimos alientos de la tarde hacía que las avechillas buscaran sus nidos, que el jilguero y el ruiseñor enmudecieran en medio de la selva, las ovejas entraran á sus pastorías y el pobre labriego se encaminara á su cabaña en busca del descanso, cuando he aquí que un indígena llamado Juan Diego, natural del pueblo de Santa Isabel Xiloxostla en feligresía de Tepeyanco, estando sirviendo á los religiosos del S. P. San Francisco, de cuyo Convento hasta hoy existen las ruinas al Noroeste de la antigua y muy noble ciudad de Tlaxcala, á tiempo en que todo el país fué invadido de una epidemia de granos, que arrebatava la vida de muchos, pues según los padrones entonces levantados, perdió la nación millares de vivientes. El padre Alegre en la His-

toria de los Jesuitas de esta Nueva España refiere, que un padrón levantado por el Exmo. Sr. Martín Enriquez en la peste de 1575 hasta fines de 76 consta: que murieron dos millones de los naturales. Tomo 3.º pag. 36. Aquel siervo de Dios, con la candidez propia de la mayor parte de los de su raza, como no hallaba á qué medicina apelar para sanar á sus deudos, que estaban también siendo víctimas de la cruel epidemia, y teniendo que atravesar con frecuencia el río Zaguapan, al ir del Convento para su pueblo, le ocurrió llenar un cántaro de aquella agua, que aun se le atribuye virtud para curar los granos; en efecto, lo llenó, atravesó la ciudad de Tlaxcala y subiendo por la loma llamada entonces de San Lorenzo, á orillas de una barranca, cuando él iba más absorto en la consideración de sus deudos enfermos, ó quizá en alguna ocurrencia del día, ó deseando en fin, llegar á su choza para descansar, á la vez que resignado con la voluntad del Ser Supremo, se le presenta una Señora hermosísima, con el semblante más amoroso de una madre. la más singular, le habla y le dice: “Dios te salve, hijo mío ¿adónde vas? Respondió sencillamente el neófito. Voy, Señora mía, á mi pueblo y llevo agua del Zaguapan para curar á mis enfermos que mueren sin remedio. Vén, le dice la Sra., vén en pos de mí, que yo te daré de otra agua con que sanen no sólo tus parientes, sino todos aquellos que la bebiesen. Porque mi corazón siempre inclinado á favorecer desvalidos, ya no sufre ver tantas desdichas sin remediarlas. Juan Diego, atónito con lo que sus ojos veían y confundido con lo que oía, no se atrevió á preguntar á la Señora quién era, ni puso obstáculo para seguirla, con el sencillo interés de conseguir la salud

de sus deudos, para lo cual, estaba dispuesto hasta á vencer los imposibles; siguió pues á su amantísima Señora internándose por lo más escabroso de aquellos lugares, hasta llegar á un pequeño plano cubierto de árboles especie de pinos, que en mexicano se llaman *Ocotl*, y allí le enseñó un manantial de agua purísima, que brotó junto á las plantas sagradas de aquella Señora. “Toma, le dice, de esta agua cuanta quieras y todos los que la tomen se verán libres de la enfermedad: además, avisa á los padres religiosos del Convento de San Francisco, que en un árbol de los que se encuentran en este mismo sitio, está una imagen mía, y que mi voluntad es de que sea colocada en el lugar principal de la capilla de San Lorenzo, que está en la cumbre de la loma.”

Y luego en medio de vaporosas nubes vió el indio disiparse á la hermosísima Señora, de quien quedó maravillado, y más cuando le presentó el remedio para sus enfermos, que en medio de su candor, sería lo que también inundaba de gratitud su corazón.

Quedó, pues, satisfecho y contento el indio, pero de aquel goce que experimenta el inocente, y sorprendido á la vez, de que siendo un lugar aquel por donde él transitaba con tanta frecuencia, jamás había visto un manantial; pero en fin, obedeció al primer mandato, derramó el agua que llevaba en el cántaro y lo llenó de la que se le indicaba; prosiguió su camino hasta llegar con su familia, henchido de placer, porque ya le parecía ver á sus enfermos sanos con el remedio milagroso; en efecto, luego que les administró la medicina, en el acto quedaron libres de la enfermedad. Al día siguiente se propagó la fama de aquel prodigio y todos los enfermos experimentaron igual consuelo con el agua del milagro.

Le faltaba al neófito cumplir con el segundo encargo, y para el objeto, al despuntar la aurora se puso en camino hasta llegar con sus padres doctrineros Franciscanos á quienes refirió todo lo ocurrido y las órdenes de aquella Señora misteriosa; pero todo fué en vano, porque los religiosos lo calificaron de iluso é hicieron poco ó ningún aprecio de su relación, lo que causaba grande desaliento en el corazón del indio; pero entre tanto, el concurso del pueblo lo aturdiría con instancias haciéndole referir el acontecimiento; y por otra parte á gran prisa aplicaban el agua maravillosa á los enfermos, mirando luego un resultado milagroso en su salud. Esto quizá hizo que los religiosos se fijaran con detención en la noticia de Juan Diego; y á la puesta del sol del mismo día, cuando éste tenía que hacer la travesía de costumbre, emprendió su camino y los Padres religiosos y algunas personas del pueblo, sin que el indio se apercibiera, le siguieron, y cuál fué su sorpresa, cuando al internarse en el pequeño bosque vieron arder todos los ocotes sin consumirse, y entre todos había uno, el más corpulento, que ardía más que los otros:—esta fué la seña particular para distinguir el árbol en que se había de encontrar el fiel retrato de la Sma. Reina: más, á aquel fuego se agregaban las armonías de una música sonora, y entónces fué cuando Juan Diego oyó á la Reina de los cielos y le habló. Así consta en la información que rindió uno de los testigos, como lo veremos en la Estrella II. Creyendo, pues, que en el árbol más corpulento se anidaba la misericordia del Señor, pusieron una seña para que otro día fuesen á descubrir aquel tesoro de la gracia; en efecto, pasaron la noche con gran entusiasmo por ver realizado un nuevo milagro: al día

siguiente, en concurso de todo el pueblo y los Padres religiosos, presididos por el indio, quizá el más sencillo de todas aquellas comarcas, llegaron al lugar donde por fin el pueblo Tlaxcalteca vería relucir el Oriente sempiterno de la felicidad; llevaron consigo todos los útiles para derribar el árbol, si fuese preciso; pero he aquí que Juan Diego, humilde, en presencia de todo un pueblo, descargó su hacha sobre el árbol, cae la corteza y con grande sorpresa ven á una escultura, imagen de la esclarecida Reina de la gloria; se postran todos, la adoran, y á continuación la arrancan del árbol, y para cumplir con su voluntad santísima la conducen llenos de entusiasmo, cantando la letanía Lauretana, cortando ramas de aquel ocote del prodigio y de todos los demás y algunas florecitas del campo que como en señal de triunfo las llevaban en la mano en tan solemne procesión, hasta llegar á la capilla del glorioso mártir San Lorenzo, hoy el Santuario de la Santísima Señora; fué colocada la Imagen en el lugar principal, el Santo quedó á un lado. Luego en seguida se entonaron algunas preces y los Religiosos se retiraron á su convento á cumplir con su vida evangélica, mientras se difundía la noticia, y las romerías con grandes y sublimes aplausos llegaban á saludar á quien les había librado de la muerte.

Quedó, pues, la Sma. Señora en el lugar de San Lorenzo, pero no tuvieron en cuenta los Religiosos que el sacristán de la capilla, siendo un amartelado devoto del glorioso mártir, se llenó de un profundo sentimiento al ver que le habían despojado de su lugar, colocando en él otra Imagen. Esto dió ocasión para que el indio creyese que era el tiempo oportuno de dar una prueba;

aunque imprudente, de su amor, al Santo Patrón; y por la noche cuando aseguró las puertas del templo y se convenció de que sólo Dios sería testigo de sus hechos, quitó á la Imagen de la Sma. Virgen, la colocó á un lado del altar y á San Lorenzo en el lugar principal; concluída esta operación, se fué á dormir tranquilo y satisfecho.

Pero al otro día vió el indio que las imágenes estaban en el lugar en que los padres las habían colocado; aunque con sorpresa pero pasó el día como desentendido de este acontecimiento, porque creyó que alguno del pueblo le había trastornado sus obras; pero tan luego como llegó la noche, colocó al Santo mártir en su lugar primitivo y á la Santísima Virgen la cargó y la llevó á su choza: esta noche la pasó lleno de inquietudes, hasta que en la madrugada se levantó despavorido y no encontrando á la Imagen se fué luego para la Iglesia; y en efecto fueron burladas sus obras, porque la Sta. Imagen fué restaurada al lugar de San Lorenzo.

Como es débil la fe de un neófito como la de nuestro sacristán, no quedó convencido aun de las disposiciones del Altísimo; y como una prueba más de aquel prodigio para la posteridad, á la siguiente noche, bajó el indio á la Soberana Imagen, la llevó á la sacristía y habiéndola encerrado con llave en la caja de los ornamentos, tendió un petate, (*) encima y entonces sí, durmió el sueño de la inocencia, porque ya creía segura la venganza de su piadoso pero imprudente celo; pero todo en vano, porque otro día lo primero que hizo fué abrir la caja y al no encontrar á la hermosa prenda, se fué para

(*) Una estera que fabrican los indígenas.

el altar, y cuál sería su sorpresa cuando por tercera vez vió que la voluntad de Dios era que la Sma. Virgen quedase colocada en el lugar de San Lorenzo. Entonces bañado en lágrimas, corrió á dar noticia á los Padres Franciscanos de aquella culpa tan feliz en su resultado, que había cometido, y habiendo llegado, se postró y les pidió perdón. Este nuevo prodigio causó más impresión en el ánimo de aquellos Religiosos, les inundó de ternura, quedando al parecer, así, confirmado una vez más el milagro de la aparición, la voluntad de Dios y por último la predilección por el pueblo Tlaxcalteca. Entonces sí, á la vista de aquel nuevo prodigio, no pudieron contener el fervor del pueblo que en masa acudía á la Capilla. Entonces yo creo fué cuando los padres Religiosos invitaron á todos los fieles para celebrar al siguiente día una Misa solemne en acción de gracias á la Reina Soberana por los inmensos beneficios recibidos; y desde aquel entonces, crecieron los cultos á tan amante Madre, y se llamó la Virgen de Ocotlátia ó sea la Señora del Ocote que arde, ó como ahora le llamamos nosotros (en su Santuario) "La Virgen de Ocotlán."



ESTRELLA II.

Testimonios de la narración anterior.

La tradición es una antorcha luminosa que ha guiado á todos los pueblos en el camino de la Historia, es un testimonio irrefutable; todos los hombres sean de la condición que fueren la han respetado, aun los mismos bárbaros, con excepción de unos cuantos escépticos ridículos que la han negado; quítese ó apáguese la luz de la divina revelación y de la tradición y el mundo quedaría sumergido en la más densa obscuridad acerca del pasado.

Pues bien, la Historia de la Aparición de Ntra. Señora de Ocotlán, á juzgar por la misma historia y por el consentimiento unánime de los pueblos de Tlaxcala, se apoya en una tradición constante, íntegra é inalterable, una tradición oral ó escrita transmitida de padres á hijos y conservada por personas las más caracterizadas del pueblo, como lo fueron los P. P. Religiosos de San Francisco, quienes nos abrieron las puertas de la civilización, siendo los primeros depositarios de la tiernísima tradición de Ntra. Señora de Ocotlán, por más de cien años, y luego pasó á los Señores Capellanes del Santuario hasta nosotros: y que según la información jurídica levantada hace cerca de doscientos años, hubo testigos de más de 100 años de edad, que refirieron la historia de Ntra. Señora de Ocotlán que sus abuelos les enseñaron

y éstos, fueron coetáneos ó al menos tocaron la época más reciente de la aparición de Ntra. Señora y su relación fué exactamente igual á la que nosotros conocemos.

Es de sentirse que hasta hoy no haya habido documento alguno en el que los Padres Religiosos hubieran hecho constar tan grande acontecimiento.

A este respecto, es de suponerse que después del milagro, los Padres Franciscanos deben haber informado á su superior gerárquico de lo ocurrido, y algunos documentos deben haber dejado en su provincia; pero como todo aquel que ha visto la historia de Tlaxcala conoce las épocas tan aciagas por que atravesó, por las guerras é incendios, en que se acabaron los archivos, cuyas pérdidas hasta hoy se lamentan, fué cuando tal vez se perdieron los documentos que pudo haber de la aparición. Además, me atrevo á asegurar que desde un principio ó en época muy reciente, se escribió la historia de la maravillosa aparición: veamos la carta de un Padre, Fray Miguel Villavicencio, Religioso Dominicano, que consta en la Información jurídica levantada en el siglo antepasado y dice así: "Señor Lic. Don Manuel Loizaga.—Por dicha mía, hoy 3 de Junio recibí de Ud. una su fecha 30 de Abril en la que me manda, como á su súbdito y seguro Capellán, que le remita una carta certificada con la razón que dí á Ud. de la historia de Ntra. Madre Santísima de Ocotlán: Digo: que lo cierto tuve y leí dicha Historia, la que no he vuelto á ver más, ni tampoco he podido conseguir para que ella fuera la mejor certificación, pero para que en algún modo se aclare aquello—habla de aparición, que á mi ver no tiene duda—me ratifico y diré á Ud. lo siguien-

te: Me acuerdo que leí en dicha historia, escrita por un Religioso de Ntro. Seráfico Padre San Francisco que en aquel tiempo me parece había en Tlaxcala, que habiéndosele aparecido al dichoso Juan Diego la Santísima Virgen de Ocotlán, fué al Convento de los Padres y les dijo: que había hablado con una Señora, y quería que en aquel paraje le fabricasen un templo; y que así se los dijo á los Padres. No fué creído por primera y segunda vez: hasta la tercera que le fueron siguiendo y vieron que en la barranca del Ocotál, estaban ardiendo todos los ocotes, y que el uno de ellos en que se hallaba la Santísima Virgen estaba más luminoso: á esto se agregaba una sonora música que apercibieron, y entonces fué cuando oyó dicho Juan Diego á la Reina de los cielos y le habló." Esto es lo que en sustancia tengo presente de la Historia, aunque en confusos términos, y no con la colocación de voces del autor. Bien quisiera mi grandísimo afecto y devoción, que estuviera todo muy pronto á mi memoria para hablarlo sin que faltara lo más mínimo. Así lo que aparece más acertado es, que pueda hacerse diligencia entre mis hermanos los Religiosos Franciscanos, que estos puede ser sepan la Historia de su Provincia y por sus escritores ó tengan algunas luces escritas para que acabe de declararse esta verdad. Esto mismo dije á Ud. cuando nos vimos.

La Santísima Virgen quiera aclararlo todo para que su deseo sea cumplido y juntamente le continúe la salud por largos y felices años. De esta su celda y convento de Amechquemechan, Junio 5 de 1755 años.— Señor Lic. y Capellán B. L. M. de Ud. su reconocido servidor y Capellán que le venera.—Fray Miguel de Zaragoza Villavicencio." A continuación inserto la

declaración que dió el primer testigo, que fué el mismo Señor Lic. Loazaga, Capellán de aquel Santuario, en cuya declaración expone una razón del Señor Lic. Don Manuel de los Santos Salazar, Cura que fué de Santa Cruz Tlaxcala, dada como en descargo de su conciencia, ya muy cercano á morir, oída por el testigo cuando era aun diácono. Dijo el moribundo: que si la Santísima Virgen le daba vida, esperaba en Dios, sacar á luz pública la aparición de Nuestra Señora de Ocotlán, la que tenía manuscrita en idioma mexicano y que le había costado mucho trabajo entender por la mala escritura. "Supone el testigo y asegura (aunque no manifiesta los fundamentos,) que esto alude y también comprueba, el relato de la carta del R. P. Fray Miguel de Zaragoza Villavicencio. Acaso en la conferencia que ambos tuvieron, anterior á la carta y de que hace relación en la misma, le comunicó este R. P. que la historia que había leído, escrita por un religioso Franciscano, estaba manuscrita y en idioma mexicano.

Registrando de nuevo la información jurídica que obra en aquel archivo, me encontré una declaración del Alferez D. Antonio de Castro y Torija, español, viudo de Doña Manuela Urizar, que es de todo punto importante, como una prueba más, de que hubo ó puede haber actualmente, documentos auténticos de la aparición, y dice así: "Que también se ha dicho por cierto y sin contradicción alguna, que luego que sucedió la aparición que llevo referida, fué colocada dicha Imagen en una Capilla que estaba dedicada á San Lorenzo y que en ella se mantuvo hasta que se le hizo la que hoy tiene; así mismo declara que oyó decir al R. P. F. Francisco de Gaspar, religioso del S. P. San Francisco, morador

de este convento y predicador en él, que cuando acaeció la milagrosa aparición de la Sma. Virgen de Ocotlán, se hicieron jurídicas diligencias por los Religiosos, que entonces moraban en este convento: las practicadas en toda forma las archivaron entre los demás instrumentos que tenía el Convento, y todo esto fué cuando las doctrinas estaban en poder de ellos, y luego que les quitaron este curato, emigraron dichas diligencias y otros varios instrumentos al convento grande de México: y con este motivo dijo el referido Padre al que declara que vió y leyó dichas diligencias sobre la aparición.”

ESTRELLA III.

Fecha de la Aparición.

Haremos ahora una segunda pregunta: ¿En qué fecha tuvo lugar la aparición de Nuestra Señora de Ocotlán? Algunos testigos en la Información Jurídica del siglo antepasado declararon, que fué en tiempo de peste y muy reciente la conquista. El Padre Florencia en la Historia de la Virgen de Guadalupe, dice: que el año de 1541 hubo una peste de granos que asoló al país;—y otros autores y varios testigos afirman que fué poco después de la Aparición Guadalupana; y de todo

venimos á inferir que el milagroso suceso tuvo lugar por el año de 1541. (1)

Por lo que toca al mes y día en que se apareció no se sabe; mas no por eso debemos objetar que no sea cierta su aparición, pues de ignorarse la fecha de un acontecimiento no se infiere su falsedad. Sin embargo, la tradición y las generaciones nos han dejado en el transcurso de los siglos algunos vestigios, alguna luz aunque débil y amortiguada por el tiempo, pero que con ella podemos vislumbrar poco más ó menos, los días del mes en que dicho acontecimiento tuvo lugar. Vemos en la relación histórica de la Virgen de Ocotlán, que Juan Diego tomó agua del Zaguapan, que se tiene como medicina para curar los granos; de aquí se infiere que fué en tiempo de secas, porque en el de las aguas estaría mezclada con la de las lluvias y no se hubiera tenido como tal, además, no creo que haya sido en el invierno, porque según el Sr. Loazaga dice (2) “que los fieles que acompañaban á la Sma. Virgen, del lugar de su invención para la capilla de San Lorenzo, cortaban ramas de los árboles y flores, llevándolas como en señal de triunfo;” por lo que creemos que fué en tiempo de secas, próxima ya la primavera. Y la razón principal que viene confirmando mi ascerto es, la suntuosa festividad religiosa que todavía anualmente se celebra en aquel Santuario,—aunque no con todo esplendor como antes,—el Domingo de Quincuagésima ó sea de Carnestolendas. Con motivo de esta festividad, que

(1) Así lo dice Fray Vicente Suárez de Peredo en su “Historia de Ntra. Señora de Ocotlán.”

(2) En su historia. Cap. V pág. 29.